

áncora

VICTOR HUGO FERNANDEZ

El artista nace y se hace. Talento, vocación y disciplina son aspectos que trabajan conjuntamente en el hacerse del artista, aunque existan los autollamados artistas de instinto, quienes se complacen en anunciar que no siguen escuela alguna, pregonando con ella una dudosa libertad. Estos últimos son bohemios, vagabundos los más y se les ve con frecuencia saludar la aurora desde la difusa percepción del fondo de una botella. Ellos se ríen de normas y principios formativos, aunque su obra generalmente sea exigua, irregular y cargada de petulancia.

La experiencia demuestra que no es posible alcanzar el respetable y difícil rango de artista si no existe una inversión considerable de tiempo en el trabajo técnico y la madurez espiritual, hágase esto dentro de las cuatro paredes de una academia o dentro de la ilimitada frontera física de la autoeducación.

Guido Sáenz es un caso curioso de artista, sí, de artista, que no de pintor. Su formación ha sido lenta pero consistente. Es ciertamente un "novato" en la plástica porque se inició hace apenas dos años, pero tenía 60 años de pintar en su mente cuando se atrevió a aceptar el reto que le planteó Daisy Shelby, su esposa, quien en su sesenta natalicio le regaló pinceles, telas y pigmentos.

Vaya usted a saber si nunca antes se había atrevido a pintar en serio por respeto o temor a su madre, la pintora Luisa González de Sáenz; lo cierto es que este señor pintó en su cabeza durante años mientras en la vida real administró una ladrillera, escribió ensayos, tocó el piano, fue actor durante 12 años, interviniendo en 25 obras, al tiempo que daba clases de arte dramático en la Universidad de Costa Rica. Después fue Ministro de Cultura, se dedicó a Atisbar la cultura desde la televisión, todo esto, e imagino que más, que se plantó frente a la tela y se puso a pintar paisajes, a los 60 años, con toda la madurez que da una vida intensa.

Entonces, lejos de pintar escándalos, hacer manchas y propuestas vanguardistas, de esas que por oscuras, inacabadas e imprecisas permiten justificar cualquier exabrupto, Guido Sáenz escogió una pintura sencilla en apariencia, transparente, que lo desnuda no sólo en sus insuficiencias sino también en sus pasiones y sus búsquedas. Este artista escogió el paisaje, considerado por muchos un motivo hartado manoseado en nuestro medio, pero que para él es una fuente inagotable que le permite representar la forma en que ha venido abordando el mundo a través de su vida. Poco a poco, primero pintó la casa y sus alrededores, luego el jardín y después el sector montañoso de ese Escazú en el que ha vivido gran parte de su vida.

Pintor de olfato

Heredero de la pintura de Teodorico Quirós y el llamado grupo de la "nueva sensibilidad", Sáenz es mucho más que una repetición de lo hecho, para aportar nuevos ángulos, nuevas perspectivas, agregar elementos de una paleta, la suya, que busca solazarse en el paisaje y poseerlo a veces con una furia y una energía calcinante y otras con una laxitud y un abandono contemplativo de primorosa frescura.

Los inviernos vegetales, de nubes cargadas



Los trabajos de Guido Sáenz traen hasta el lienzo los senderos de Escazú, cargados de gran emotividad.

Los caminos de Guido Sáenz

Pianista, animador cultural y ahora pintor, Guido Sáenz inaugura este jueves, en el Instituto Nacional de Seguros, una muestra de su obra reciente

de grises premonitorios se vuelven el máximo logro a la fecha en la pintura de Sáenz, pues en ellos este "novato" muestra una furia personal, al igual que el dominio de sus predecesores y su abordamiento del paisaje, ya sea en los grandes planos o en los recogimientos, con una óptica no antes practicada, que lo hace un respetable continuador de aquello abandonado de manera inconclusa por las nuevas generaciones, quienes le dieron la espalda al paisaje, para abordar la naturaleza en muchos casos desde no muy logradas aproximaciones psicológicas.

"Crecí entre la pintura, entre los pintores. Mi madre me pintó a los seis años ya imbuido en el mundo de la pintura desde mis rudimentarios instrumentos de aquella época. Soy un pintor de olfato, pues desde muy pequeño siempre me despertó una sensación muy especial el olor de las pinturas de aceite. Era lo que mamá utilizaba y lo que yo empleé en mi trabajo. Cuando pinto, el olor de los óleos me provocan sensaciones que llevo a la tela posteriormente", explica el artista.

Sáenz considera haber "pintado anímicamente toda su vida", por eso le interesa captar los aspectos intrínsecos de la naturaleza, recuperar un motivo caído en desuso y subestimado por los jóvenes, a veces demasiado conceptuales como para preocuparse por la pintura como tal.

"Uno no inventa nada, no pretendo demostrarle nada a nadie, sólo aspiro a descubrir la naturaleza y descubrirme a mí mismo a través de la pintura. El paisaje es inagotable, es el mismo y es diferente. Quizás dentro de 30 años, cuando me considere a gusto en la pintura, entonces me interese por la escultura. Así soy yo, qué le vamos a hacer. Esta es la parte mía que algunos consideran soberbia, no lo sé, soy así", afirma.

Franjas de luz

Para Guido Sáenz el paisaje es el mismo y en su pintura paisajista admite la presencia de muchos ecos, pero también afirma que existen en el paisaje de su obra cosas muy suyas, manifestadas en singulares franjas de luz, en una aproximación a las sombras, a las variables tonalidades, gracias a la percepción de la luz que le permite el paralelo 10.

Por eso pinta en directo, sin mayor referencia que lo observado en medio de la cambiante luminosidad de las apariencias cotidianas. Esto representa un atreverse, un lanzarse caballete en mano a los espacios abiertos, a confrontar incluso con los espectadores casuales que se acercan hasta él por curiosidad.

"El trabajo posterior en el estudio es de afinamiento, de distanciamiento y reflexión sobre lo hecho, para destacar, madurar o suavizar. Hay muchas cosas que descarto y otras que quedan. Trato de ser riguroso con el producto final", insiste.

Este cronista sin embargo, prefiere el Guido Sáenz de los ambientes cerrados, el que se concentra en los detalles de la naturaleza, porque es más fuerte, porque es más agresivo, porque verdaderamente se introduce en las interioridades de la naturaleza y allí preocupa menos su técnica, en tanto subyugan la violencia y lujuria con que aborda lo vegetal. Sus grandes paisajes no me conmueven. Por ahora, me inquieta el paralelo 10 en lo específico que tiene en sus detalles naturales, aunque muy especialmente en sus nocturnos, tan escasos todavía... pero muy prometedores.